

LA DINAMICA DEL CAPITALISMO PERIFERICO
Y SU TRANSFORMACION*

Raúl Prebisch

* Este documento resume las ideas principales de todos los trabajos que el autor ha publicado en la Revista de la CEPAL:

"Crítica al capitalismo periférico" (Nº 1, Primer semestre de 1976);

"Estructura socioeconómica y crisis del sistema" (Nº 6, segundo semestre de 1978);

"Las teorías neoclásicas del liberalismo económico" (Nº 7, abril de 1979);

"Hacia una teoría de la transformación" (versión mimeografiada E/CEPAL/R.214, febrero de 1980; aparecerá también en la Revista de la CEPAL Nº 10, abril de 1980).

LA PERIFERIA LATINOAMERICANA EN EL SISTEMA GLOBAL DEL CAPITALISMO

Centros y periferia

Son incesantes las mutaciones del capitalismo. Responden primordialmente a la evolución de la técnica y a la forma en que su fruto se distribuye en una estructura social que cambia continuamente. Hay entre estos fenómenos relaciones de estrecha interdependencia.

La técnica se origina y desenvuelve en los países más avanzados. Ese fruto de su creciente productividad se retiene y concentra en ellos; y como quiera que se redistribuya internamente, no se difunde al resto del mundo por el descenso de los precios.

El capitalismo resulta ser así esencialmente centrípeto. Los países en que se desenvuelve - los centros - no tienden a propagar hacia otros - la periferia - la dinámica de su desarrollo. En el desenvolvimiento histórico del capitalismo esta dinámica sólo se transmite externamente en la medida necesaria para abastecer a aquéllos de productos primarios.

Desarrollo de la periferia hacia adentro y hacia afuera

Así pues, la periferia queda al margen de la industrialización. Esta no se propaga espontáneamente sino que es una imposición de las crisis de los centros (dos guerras mundiales y la depresión entre ellas).

/La periferia

La periferia comienza entonces a generar su propia dinámica y gracias a ella su desarrollo se cumple hacia adentro y supera el ritmo de crecimiento de sus exportaciones primarias a estos últimos.

Sin embargo, las posibilidades de este desarrollo hacia adentro se van agotando con el andar del tiempo y los países desarrollados se muestran siempre renuentes a crear nuevas posibilidades de exportación, además de esas primarias que, por cierto, no están exentas de limitaciones. Sigue siendo muy serio el freno exterior al desarrollo de la periferia, siempre vulnerable a las vicisitudes desde los centros.

Todo esto pareció cambiar en los largos años de bienandanza de los centros que acontecen una vez superados los trastornos siguientes a la segunda guerra mundial. El ritmo de desarrollo de aquéllos se vuelve extraordinariamente elevado y da fuerte impulso por primera vez a las exportaciones de manufacturas de la periferia, tanto hacia los centros como sobre todo dentro de la misma periferia. Se inician nuevas modalidades de desarrollo hacia afuera, principalmente en los países en que la industrialización había avanzado más en la fase anterior de desarrollo hacia adentro.

La internacionalización de la producción

En esta nueva forma de desarrollo hacia afuera desempeñan un papel muy importante las transnacionales, así como el empeño exportador de los mismos países periféricos.

Sin embargo, en los países desarrollados las continuas innovaciones de la técnica estimulan una caudalosa corriente de intercambio recíproco, en la cual apenas interviene la periferia pues la inferioridad técnica y económica de su estructura productiva no le permite participar en esas innovaciones. Y en las manufacturas menos avanzadas en que ella tiene aptitud para competir, los centros mantienen su inveterado proteccionismo.

Debido pues a la índole centrípeta del capitalismo resulta ser muy precaria la internacionalización de la producción de la periferia en sus relaciones con los centros.

Y si bien la internacionalización ha progresado en el comercio entre los mismos países periféricos, se realiza en condiciones estructurales que sólo en parte responden a las exigencias dinámicas del desarrollo.

/La articulación

La articulación de los centros al desarrollo periférico

Los centros, sobre todo mediante las transnacionales, se han articulado de un modo estrecho al desarrollo periférico, especialmente en esos tiempos de euforia de su propio desarrollo.

Adquiere entonces gran vigor en la periferia la sociedad privilegiada de consumo - la imitación desmesurada de las formas de existencia de los centros - gracias a la apropiación y redistribución desigual del fruto de una productividad que se eleva notablemente.

Los centros juegan todas sus cartas en favor de este capitalismo imitativo que excluye grandes masas humanas del desarrollo y se vuelve conflictivo con el andar del tiempo. Desarrollo de grandes contradicciones internas a las cuales se agregan las contradicciones externas de las relaciones centro-periferia. Son dos, principalmente, estas últimas. Primero, la contradicción en la periferia entre un consumo cada vez más internacionalizado y la precaria internacionalización de su producción, fuente persistente de desequilibrio exterior. Y segundo, la contradicción que surge bajo el signo histórico de la hegemonía de los centros, entre nuevas manifestaciones de dependencia, que se agregan a otras pretéritas, y el sentido cada vez mayor de autonomía que el mismo desarrollo de la periferia trae consigo.

Consecuencias de la crisis de los centros

A las elevadas tasas de desarrollo de los centros en aquellos tiempos de bonanza siguen ahora tasas relativamente bajas en las cuales se reflejan el descenso orgánico de la productividad, las consecuencias de la inflación y el encarecimiento de la energía.

Los centros comprueban ahora las dramáticas consecuencias de la ambivalencia de la técnica productiva: su enorme contribución al bienestar humano y su acción adversa a la biósfera, así en la depredación irresponsable de recursos naturales como en múltiples formas de deterioro del medio ambiente.

Será necesaria una ingente acumulación de capital para contrarrestar esas consecuencias y las graves desviaciones de la investigación tecnológica. Acumulación de capital de gran utilidad social pero que no significa aumento de productividad, aunque sí su saneamiento.

/No podrá

No podrá sustraerse la periferia a esta exigencia, que aparece cuando ya eran notorias otras dos consecuencias de la técnica ambivalente que, propagadas desde los centros, venían acentuando serias contradicciones internas de su desarrollo: las técnicas masivas de difusión y comunicación social, que tanto influyen en la imitación del consumo, así como las técnicas que al defender y prolongar la vida humana han traído consigo un extraordinario crecimiento de la población periférica.

Es de incommensurable valor para la periferia tener a su disposición aquello que los centros tardaron dilatado tiempo en desenvolver con muy grandes y sostenidos esfuerzos. Pero la técnica que de ellos proviene, a pesar de sus enormes posibilidades de bienestar humano, abarca en la periferia un ámbito social limitado. Fenómeno muy grave donde se conjugan, por un lado, la evolución de esa técnica y la índole centrípeta del capitalismo y, por otro, ese afán imitativo de una periferia que no ha sabido encontrar aún el camino de su desarrollo auténtico.

Se impone una gran transformación, cuyo signo político representa una gran incógnita. En vano los centros tratarán de despejarla con su prédica ideológica. En su exaltación al capitalismo imitativo carecen de una visión de largo alcance. Tampoco han sabido encontrar el camino. Se ha perdido un tiempo irrecuperable.

II

LA DINAMICA INTERNA DEL CAPITALISMO PERIFERICO

Las mutaciones de la estructura social

El desarrollo imitativo de la periferia se caracteriza por persistentes fenómenos de propagación e irradiación de los centros: de su técnica, sus formas de consumo y otras formas culturales, sus instituciones, ideas e ideologías. Todo ello se desenvuelve tardíamente en una estructura social que presenta importantes disparidades con la estructura avanzada de los centros. De allí surgen las grandes contracciones internas del desarrollo periférico y también aquellas otras externas que se conjugan con la índole centrípeta del capitalismo de aquéllas.

La técnica penetra gracias a la acumulación de capital, así en medios físicos como en formación humana. A medida que se desenvuelve este proceso se operan continuas mutaciones en la estructura social. Esta estructura abarca una serie de estructuras parciales unidas entre sí por estrechas relaciones de interdependencia: las estructuras técnicas, productivas y ocupacionales y la estructura de poder.

La técnica productiva de los centros va penetrando mediante capas sucesivas de creciente productividad y eficacia que van superponiéndose a capas técnicas precedentes de menor productividad y eficacia. Y en el fondo de esta estructura técnica hay todavía capas precapitalistas o semi-capitalistas.

El excedente estructural

Estos cambios en la estructura técnica van acompañados de cambios en la estructura de ocupación. Se desplaza continuamente fuerza de trabajo desde las capas de muy baja productividad a capas de mayor productividad. Pero la gran masa de la fuerza de trabajo no aumenta sus remuneraciones correlativamente al aumento de productividad en el juego de las fuerzas del mercado.

/Esto se

Esto se explica por la competencia regresiva de la fuerza de trabajo que se encuentra en esas capas técnicas de baja productividad, o está desocupada. Sólo se transfiere parte de este fruto del progreso técnico a una proporción limitada de la fuerza de trabajo que, sobre todo por su poder social, ha podido adquirir las calificaciones cada vez mayores exigidas por aquélla.

La parte del fruto de la creciente productividad que no se transfiere a la fuerza de trabajo constituye el excedente, que es apropiado principalmente por los estratos superiores que concentran la mayor parte del capital en bienes físicos y la propiedad de la tierra.

El excedente no tiende a desaparecer por la competencia entre empresas sino que se retiene debido a la expansión de la demanda que, dada la índole de la producción en proceso y la creación monetaria que le es inherente, precede a los productos finales que afloran en el mercado. Tal expansión de la demanda se opone a que los precios desciendan a causa del aumento de la productividad.

Las tendencias excluyentes y conflictivas del sistema

Esta desigual distribución del ingreso en favor de los estratos superiores promueve en ellos la imitación de las formas de consumo de los centros. La sociedad privilegiada de consumo, que así se desenvuelve, significa un considerable desperdicio del potencial de acumulación de capital.

Este desperdicio no sólo se manifiesta en la cuantía del capital sino también en su composición. En efecto, gracias a las técnicas que acrecientan la productividad y el ingreso surgen otras, que en estrecha combinación con las primeras, diversifican incesantemente la producción de bienes y servicios. Debido a estos cambios que ocurren en la estructura productiva se eleva, en ésta y otras formas, la proporción de capital consuntivo en detrimento del capital reproductivo necesario para impulsar el desarrollo.

Este fenómeno, característico del desarrollo de los centros, acontece prematuramente en la periferia debido a la gran desigualdad distributiva.

A ese fenómeno se agrega también en desmedro de la acumulación, la succión de ingresos por los centros, especialmente por obra de las empresas transnacionales, en virtud de su superioridad técnica y económica y su poder hegemónico.

Esta insuficiente y frustrada acumulación de capital reproductivo y el crecimiento extraordinario de la población explican fundamentalmente que el sistema no pueda absorber con intensidad los estratos inferiores de la estructura social y hacer frente a otras manifestaciones de redundancia de fuerza de trabajo. Tal es la tendencia excluyente del sistema.

En la agricultura prevalecen esos estratos. Y como la demanda apenas se diversifica en los bienes agrícolas, la fuerza de trabajo tiende a desplazarse hacia otras actividades. Sin embargo, dada la insuficiencia absorbente del sistema, ocurre un serio fenómeno de redundancia de fuerza de trabajo que explica el deterioro relativo de sus ingresos.

Mientras perdure esa insuficiencia absorbente, el progreso técnico de la agricultura no tendrá la virtud de elevar esos ingresos y corregir su deterioro relativo. Antes bien, se traduce en el deterioro de la relación de precios cuando la producción sobrepasa a la demanda. Tal es la tendencia que suele presentarse sobre todo en las exportaciones agrícolas y que frena su expansión en desmedro del desarrollo.

Conforme la técnica va penetrando en la estructura social, sobrevienen mutaciones que se reflejan en la estructura del poder. Se amplían los estratos intermedios y su poder se acrecienta a medida que avanza el proceso de democratización, tanto en la órbita del mercado como en la del Estado. Tardan en adquirir este poder los estratos inferiores.

Doble presión sobre el excedente

En la órbita del mercado los estratos intermedios emplean su poder sindical para compartir el excedente y defender lo que ya habían logrado. Y en la órbita del Estado su poder político les permite conseguir servicios sociales y aumentar su ocupación. El Estado suele convertirse así en agente de absorción espuria de fuerza de trabajo. Para todo ello capta una parte del excedente, así como para responder a la adquisición de bienes y servicios en el mercado en cumplimiento de sus funciones civiles y militares.

/Esta doble

Esta doble presión, que se ejerce sobre el excedente, va extendiendo la imitación del consumo de los centros a los estratos intermedios, aunque con mucho menor intensidad que en el caso de los estratos superiores.

Sin desconocer las diferencias individuales, la distribución estructural del ingreso resulta así, fundamentalmente, de un juego cambiante de relaciones de poder.

La clave dinámica del sistema

Gracias al excedente, y al capital que permite acumular, los estratos superiores tienen en sus manos la clave dinámica del sistema. Este funciona regularmente mientras el excedente siga creciendo por sucesivos aumentos de productividad, a pesar de aquella doble presión de compartimiento.

No obedece este proceso a principio regulador alguno, de tal modo que si esa presión alcanza gran intensidad y capta sucesivos aumentos de productividad en perjuicio del crecimiento del excedente, termina por resentirse la acumulación y también el desenvolvimiento de la sociedad privilegiada de consumo. Sobrevienen, entonces, los fenómenos conflictivos del sistema, pues las empresas reaccionan elevando los precios para restablecer la dinámica del excedente.

Este empeño se vuelve cada vez más perturbado, pues a esta reacción de las empresas sigue la contrarreacción de la fuerza de trabajo cuando ésta dispone de poder. Así comienza y se desenvuelve la espiral inflacionaria de carácter social. Las consecuencias de este enardecimiento de la pugna distributiva debilitan la capacidad del sistema para absorber el crecimiento de la fuerza de trabajo y la que vegeta en los estratos inferiores.

La crisis del sistema

Tal es la índole de la crisis del sistema en el curso avanzado del desarrollo, cuando el juego de relaciones de poder cobra gran impulso con el avance irrestricto del proceso de democratización.

/La tendencia

La tendencia del sistema a la crisis puede postergarse por un tiempo más o menos largo cuando se dispone de cuantiosos recursos provenientes de la explotación de una riqueza natural no renovable.

En países en que la estructura social no favorece la democratización, o cuando las mutaciones de tal estructura llevan más bien a una democracia formal y no genuina, las crisis del sistema son de índole diferente.

Con los trastornos en que se manifiesta la crisis inflacionaria del sistema irrumpe nuevamente el poder político de los estratos superiores, que parecía haber declinado con el avance democrático. Sobreviene entonces el empleo de la fuerza, que permite quebrar el poder sindical y político de los estratos desfavorecidos.

Si quienes tienen el poder militar en sus manos no se encuentran necesariamente bajo el dominio del poder económico y político de los estratos superiores, cabe preguntarse por qué intervienen para servir a la sociedad privilegiada de consumo. En la respuesta a esta interrogante interviene un complejo conjunto de factores. Pero el fundamental radica en que, al tener los estratos superiores la clave dinámica de tal sistema, esto es la capacidad de acumular capital, se impone dejarles hacer en el afán de restablecer la regularidad del desarrollo. Pero es ingente el costo social, además del costo político.

Sobreviene en efecto la quiebra del liberalismo democrático, mientras suelen florecer las ideas del liberalismo económico, un liberalismo falseado que lejos de traer la difusión de los frutos del desarrollo consolida flagrantemente la inequidad social.

No se ha logrado aún en la periferia latinoamericana asentar sólidamente el liberalismo democrático. Bien conocemos sus vicisitudes, sus avances promisorios y penosos retrocesos. Pero el pasado no sabría explicarlo todo. Aparecen nuevos y complejos elementos a medida que se operan las mutaciones de la estructura social. Y el empleo de la fuerza adquiere una significación distinta de la que poseía en otros tiempos: la de traer ese divorcio absoluto entre el liberalismo democrático y el liberalismo económico, a pesar de haber surgido ambos de la misma vertiente filosófica.

III

HACIA UNA TEORIA DE LA TRANSFORMACION

Crisis del sistema y empleo de la fuerza

Dada la índole del sistema en el curso avanzado del desarrollo periférico no resulta posible conjurar la tendencia a la crisis. Pues no hay forma perdurable de evitar que la doble presión de compartimiento, tanto en la órbita del mercado como en la del Estado, perjudique el papel dinámico del excedente y lleve fatalmente a la espiral inflacionaria.

El restablecimiento de la dinámica del sistema, que se procura conseguir con el empleo de la fuerza, está expuesto a serias perturbaciones en las cuales suelen combinarse ciertas inconsistencias teóricas con incongruencias prácticas a la luz de la experiencia.

Sin embargo, si el sistema se maneja con destreza, sobre todo en condiciones exteriores favorables, podría llegarse a altas tasas de acumulación y desarrollo con notable prosperidad de los estratos sociales favorecidos, pero a costas de la compresión de los ingresos de una parte considerable de la fuerza de trabajo.

Pero se estaría muy lejos de corregir la índole excluyente y conflictiva del sistema. Y al reanudarse tarde o temprano el proceso de democratización la presión de compartimiento del excedente tendería a llevar al sistema a un nuevo ciclo político, agravado por la deformación que el consumo privilegiado habría provocado en la estructura productiva. No hay como evitar las crisis sin la transformación del sistema.

Las dos opciones transformadoras

El régimen de acumulación y distribución del fruto del progreso técnico no obedece a ningún principio regulador desde el punto de vista del interés colectivo. Es arbitraria la apropiación en el juego de las leyes del mercado. Y resulta asimismo arbitraria la distribución cuando el poder político y sindical contrarresta las leyes del mercado.

Se impone la acción reguladora del Estado para usar socialmente el excedente.

En el fondo, sólo hay dos formas de acción reguladora: que el Estado tome la propiedad y gestión de los medios productivos, de donde surge el excedente, o que el Estado use el excedente con racionalidad colectiva sin concentrar la propiedad en sus manos, sino difundiéndola socialmente.

Dicho sea de paso, las grandes fallas del sistema no radican en la propiedad en sí misma, sino en la apropiación privada del excedente y en las consecuencias nocivas de la concentración de los medios productivos.

Trátase de dos versiones fundamentalmente diferentes de socialismo por su significación política, además de económica. Pues mientras la primera es incompatible con el concepto primordial de democracia y derechos humanos inherentes, la segunda aspira a la plena compatibilidad de este concepto en la teoría y en la praxis, así como al vigor del desarrollo y a la equidad distributiva.

La difusión del capital y la gestión autónoma

La transformación del sistema, según la segunda opción que acaba de mencionarse, exige ineludiblemente elevar el ritmo de acumulación del capital productivo a expensas del consumo de los estratos superiores y otros grupos favorecidos. El uso social del excedente permite hacerlo de diferentes maneras.

En las empresas que concentran los medios productivos, la mayor acumulación podría hacerse traspasando una parte importante del excedente en forma de nuevo capital a la fuerza de trabajo, no sólo de las empresas en cuestión, sino de todas las empresas.

En las empresas medianas, la mayor acumulación se haría por los mismos propietarios, pero a medida que se sube en la escala de capital una proporción creciente tendría que corresponder a la fuerza de trabajo, a fin de evitar la concentración. En las empresas pequeñas, la mayor acumulación se cumpliría totalmente por quienes tienen los medios productivos.

En las grandes empresas, el cambio en la composición social del capital tiene que ir acompañado por la participación del personal en la gestión de las empresas hasta llegar a la gestión autónoma.

Ciertos principios de esta gestión podrían seguirse también en las empresas del Estado, en condiciones especiales que las justifican.

/El mercado

El mercado y la planificación

En el nuevo sistema todas las empresas, cualquiera que fuere su índole, podrán desenvolverse libremente en el mercado, de acuerdo con ciertas condiciones básicas de carácter impersonal establecidas por la acción reguladora del Estado, tanto en lo que concierne al uso social del excedente, como a otras responsabilidades de aquél.

Esta acción reguladora tiene que cumplir objetivos que el mercado no puede conseguir por sí mismo, pero que le permitirán lograr una gran eficacia económica y además una gran eficacia social.

A ello responde la planificación democrática. Planificación significa racionalidad colectiva, y esta racionalidad exige que el excedente se destine a acumular y redistribuir, así como a los gastos e inversiones del Estado.

La acumulación y la redistribución están unidas estrechamente, pues al absorberse con creciente productividad la fuerza de trabajo de los estratos inferiores, así como la que el sistema emplea espuriamente, podrá ir mejorando la redistribución. Se trata de una redistribución dinámica del ingreso, acompañada de otras formas directas de mejoramiento social en respuesta a perentorias necesidades.

Esta división del excedente exige una tarea técnica de la mayor importancia, que no podría realizarse sin un alto grado de autonomía funcional. Tarea técnica pero no tecnocrática, pues tiene que subordinarse a decisiones del órgano político tomadas democráticamente.

Todo ello exige transformaciones constitucionales en los mecanismos del Estado y nuevas reglas de juego que aseguren estabilidad en el uso social del excedente, y permitan a la vez la flexibilidad necesaria para responder a cambios importantes en la realidad.

Síntesis de socialismo y liberalismo y estructura del poder

La opción transformadora que trata de encontrarse en estas páginas representa una síntesis entre socialismo y liberalismo. Socialismo en cuanto el Estado regula la acumulación y la distribución. Liberalismo en cuanto consagra esencialmente la libertad económica unida estrechamente a la libertad política en su versión filosófica primigenia.

/Esta opción

Esta opción, como la otra opción de transformación socialista, requieren cambios muy importantes en la estructura del poder político, pero diferentes de los que ocurren en el curso de las mutaciones de la estructura social. En estos últimos cambios el poder de los estratos superiores se contraponen al de los estratos intermedios y eventualmente al de los inferiores. Pero el poder de los estratos intermedios e inferiores, termina por estrellarse con el de los superiores en la dinámica del sistema vigente. Sin embargo, la crisis del sistema abre el paso a su transformación, pues vuelve posible abatir el poder de los estratos superiores.

Esta transformación de la estructura de poder no podría expandirse más allá de los límites de la periferia. Las relaciones de poder entre ella y los centros, bajo la hegemonía de estos últimos, sobre todo del centro dinámico principal del capitalismo, no podrían transformarse por la sola acción periférica. El poder de los centros es considerable, y carece además de sentido de previsión. Lo están demostrando los graves trastornos de la biósfera. Acaso ellos tengan la virtud - como suele suceder en las grandes crisis de la historia - de persuadir a los centros que es necesario un gran sentido de previsión en las relaciones con la periferia. Y también un gran sentido de contención de su propio poder, que en el centro dinámico principal del capitalismo habría evitado el desquicio monetario internacional.

Mitos y transformación

Se han desvanecido los mitos de la expansión planetaria del capitalismo y del desarrollo de la periferia a imagen y semejanza de los centros. También se está desvaneciendo el de la virtud reguladora de las leyes del mercado, pues nadie puede invocarlo frente a los problemas de la biósfera. Pero este último persiste en la interpretación del desarrollo de la periferia y de sus relaciones con los centros.

Se necesitan grandes transformaciones. Pero hay que saber para qué y como hacerlas. Se necesita también una teoría de la transformación. Estas páginas, inspiradas por una gran necesidad de controversia y esclarecimiento, se proponen contribuir a la formulación de esa teoría.